

Cuando el invasor francés, violando los tratados, mancillando su propia firma, se dirigió á la ciudad de México, después de haber sido rechazado un año antes ante los muros de Puebla, y cuando no pudo apoderarse de esta ciudad, sino después de haber aumentado considerablemente sus fuerzas y de un porfiado y terrible sitio, más glorioso para los vencidos que para los vencedores; los dos sabios eminentes, Covarrubias y Fernández Leal, dieron un ejemplo notable de abnegación y patriotismo, dejando desiertos sus hogares y siguiendo al jefe de la Nación, y depositario de la honra nacional, en su dolorosa peregrinación al Norte.

Nada les obligaba á ello, no eran hombres de partido, no eran políticos, eran honradísimos particulares, sabios esencialmente neutrales y pacíficos, extraños por lo tanto á las contiendas de los hombres, pues su espíritu mora en aquellas excelsas regiones adonde no llegan las fétidas emanaciones del odio ó del vil interés. Sin mengua de su buen nombre, hubieran, pues, podido permanecer en la capital.

Mas no lo juzgaron así; quisieron sacrificar los penates á los lares, seguir la bandera nacional perseguida, fugitiva, acosada, poner al servicio de la gran causa de la patria su nombre sin mancha y su gran capacidad científica. Así llegaron hasta Tula de Tamaulipas, y es verdaderamente conmovedor el recuerdo de los trabajos que pasaron, y de los medios que idearon para proporcionarse la manera de subsistir. Establecieron talleres de fotografía, midieron terrenos de particulares; cuando el señor Fernández Leal regresó á México, llegó hasta establecer un colegio particular, para el cual su fama de virtuoso y sabio era el más halagador programa.

Hoy el señor Fernández Leal (1) es uno de los colaboradores del eminente gobernante á quien debe México la prosperidad de que disfruta, y ocupa uno de los puestos más encumbrados á que puede aspirar el ciudadano de una república. Mas el señor Fernández prosigue siendo en su elevada dignidad el sabio de alma sencilla, buena y limpia; el caballero afectuoso y afable que no considera su posición sino como una ocasión para servir á la patria é impulsar las buenas causas, sobre todo la de la ciencia, que es para él lo primero y principal. Desempeñando la Secretaría de Fomento, ha prestado á la ciencia nacional más servicios que escribiendo docenas de libros; es el Mecenas decidido de los jóvenes sabios, lo que redundaba en bien de la ciencia, que encuentra en él un apoyo cierto; en la imprenta de Fomento se publican muchas obras, que sin ese recurso no llegarían á ver la luz pública; unas son nuevas, y otras son reproducciones de libros raros, y de mérito, de la literatura científica nacional.

El grupo de ciencias fisico-químicas tiene en este periodo por digno representante á un sabio de los más notables, que fué amado, estimado y admirado por cuantos le conocieron, y que habiendo desempeñado el magisterio cerca de cuarenta años en todos los colegios de la capital, tuvo ocasión de instruir en la ciencia de Lavoisier muchas series de jóvenes, algunos de los cuales llegaron á ser sabios de primer orden; merece, pues, el supremo calificativo de maestro de maestros.

Nos referimos al gran químico mexicano Leopoldo Río de la Loza. Nació en la ciudad de México en 1807, estudió en el Colegio de San Ildefonso, y en 1827 recibió el título de cirujano. No siéndole agradable la práctica respectiva, se puso á estudiar farmacia, y después medicina, recibiendo el título en 1833. En ese año sirvió á la humanidad prestando á los atacados de cólera los más variados servicios, para lo cual se multiplicaba, por decirlo así, penetrando á las chozas de los pobres, á las suntuosas moradas de los ricos, y sirviendo en el hospital que se había formado en San Lucas.

En esta época se distinguía ya por su amor á la enseñanza, y por su afición á la química y á las ciencias naturales, en las que había adquirido tal suma de conocimientos que era la maravilla de su época. Comenzó por dar lecciones en su propia casa; allí acudía la juventud ávida de conocimientos positivos, que nadie poseía entonces como Río de la Loza. Desde 1838 comenzó á publicar artículos notables sobre aguas

(1) En los momentos de entrar en prensa este trabajo, el señor Fernández Leal, por motivos de salud, ha renunciado su alto cargo.

minerales ó potables, sobre diferentes medicamentos, sobre el lago de Texcoco, y sobre una multitud de puntos que interesan á la medicina y á la higiene pública.

En 1847, época de duelo para la patria, suspendió sus labores de sabio para armarse soldado y defender la patria, invadida y hollada. Se incorporó en el batallón de Hidalgo, y tomó parte en las batallas del valle de México, en que la sangre mexicana, noblemente vertida, fué la más viva protesta en contra de la execrable invasión.

Leopoldo Río de la Loza dejó de existir en 1874, después de haber consagrado á la ciencia y al magisterio sus brillantes cualidades. Permítaseme evocar un recuerdo personal.

Hace veintisiete años era el que esto escribe alumno de la Escuela Nacional Preparatoria, y asistía á la clase de Química. El profesor era un anciano de complexión seca, de alta estatura, de cuello encorvado, muy cargado de hombros, que llegaba envuelto en larga capa española. Un silencio respetuoso acogía su llegada, tomaba asiento, pasaba lista, y comenzaba á hablar. ¡Oh prodigio! de aquel cuerpo achacoso, envejecido y encorvado, brotaba una palabra clara, sencilla, luminosa, de dicción fácil, que cautivaba la atención de más de cien adolescentes, inquietos, bulliciosos y desenfadados; aquella voz enunciaba la ley de Dalton, aquella voz hablaba de las afinidades de los cuerpos, de las inflexibles leyes de la Naturaleza, y sin galas superfluas ni artificios retóricos, y sólo por lo grave é importante de los asuntos, en armonía con la severidad del envejecido rostro, en que brillaban ojos radiantes aún, imprimía á su discurso el más palpitante interés. Servíale de preparador uno de sus hijos, delgado, enjuto, alto como él, y próximo á



D. Eduardo Licéaga

envejecer, el cual ejecutaba las manipulaciones, y verificaba las reacciones, que parecían obedecer la voz mágica del profesor, como si ella espoleara á la materia inerte y le infundiera las enérgicas palpitaciones de la vida. De vez en cuando, un tenaz y prolongado acceso de tos sacudía cruelmente al venerable anciano, interrumpiendo la imponente lección. Los alumnos guardaban un silencio respetuoso, se leía en sus juveniles fisonomías un sentimiento de protesta contra la Naturaleza despiadada, que aja y marchita sus mejores creaciones. Pasaba el zarpazo de la enfermedad, el sabio recobraba su serenidad olímpica, y de sus labios, recién enjugados y todavía violáceos, volvía á desprenderse vibrante, alada, y superior á la enfermedad y á la muerte, la palabra de la ciencia. Aquel profesor era D. Leopoldo Río de la Loza.

Las ciencias naturales fueron representadas en esta época por numeroso grupo de profesores distinguidos, entre los cuales mencionaremos á Cervantes, Bustamante, á los doctores Lauro Jiménez y José Barragán, al profesor D. Gumesindo Mendoza, que fué también químico distinguido. Algunos de los sabios

que han cultivado ciencias tan interesantes viven todavía, consagrándose á sus estudios favoritos; citaremos entre ellos á D. Alfonso Herrera, á D. Manuel Urbina y al doctor Jesús Sánchez.

Aunque habiendo vivido muy á los comienzos de este período, merece algunas líneas, y aun es digno de representar el grupo, el ilustre naturalista D. José Mociño. Aunque muchos le reputan español, los mexicanos le contamos entre nuestros compatriotas, por estar averiguado que nació en Temascaltepec, que estudió en el Seminario Tridentino, de México, y que en 1789 fué discípulo de Cervantes en el Jardín Botánico.

El señor Mociño acompañó á Sessé en la notable expedición que, por orden de Carlos IV, se emprendió en 1795, para examinar las producciones naturales del territorio de la Nueva España. Esta memorable excursión duró ocho años; Sessé y Mociño recorrieron una extensión de más de tres mil leguas, y el precioso fruto de ella fué una «Flora mexicana» con su correspondiente herbario, que fué á parar al Jardín Botánico de Madrid. El insigne naturalista De Candolle, que conoció á Mociño en Montpellier, adonde en 1815 le habían arrojado las vicisitudes políticas, admiró tanto la «Flora mexicana» que, cuando en 1817, Mociño regresó á España, y pidió á De Candolle los manuscritos y dibujos de la *Flora* que éste conservaba en su poder, el sabio suizo no quiso devolverlos sin sacar copia, en cuya tarea le ayudaron muchos dibujantes de Ginebra y varias personas aficionadas, entre las que se contaban muchas señoras. A tal grado eran estimados los trabajos de nuestro compatriota, y considerados como una verdadera joya científica.

La «Flora mexicana» se conserva manuscrita en el Jardín Botánico de Madrid, y se compone de tres volúmenes en folio. No se sabe qué paradero tuvo la copia que conservaba Mociño; en cuanto á la que sacó De Candolle, y en cuya ejecución, según dice Flourens, tomaron parte más de cien señoras, fué publicada por el insigne botánico en varios volúmenes.

Hemos dicho que la clase médica, no obstante la falta de protección oficial, pues hasta 1854 no se estableció definitivamente la Escuela de Medicina en el lugar que hoy ocupa, contó siempre con médicos eminentes, como D. Ignacio Erazo, D. Manuel Andrade, D. Isidoro Olvera, D. José M.^a Vértiz, D. Pedro Escobedo, D. Manuel Carpio, D. J. M. Barceló y Villagrán, D. Rafael Lucio, D. Luis Muñoz, D. Francisco Ortega, y otros muchos cuya sola enumeración fuera larga. No siéndonos posible hablar siquiera de los principales y más distinguidos médicos que han honrado en México tan noble profesión, pues el espacio de que disponemos se agota, nos contentaremos con presentar, en representación de todos, al incomparable clínico Miguel Jiménez.

Nació en Amozoc, Estado de Puebla, en el seno de una familia humilde; en 1834, habiendo hecho con lucimiento los estudios anteriores, comenzó los de Medicina, alcanzando en 1838 el título de médico. El mismo año ingresó en el profesorado, desempeñando la clase de Anatomía; desde 1845 ocupó la de Clínica interna, en la que conquistó inmarcesibles lauros. Aquí cedemos la palabra á nuestro eximio maestro el doctor Gabino Barreda, quien se expresa del modo siguiente sobre los merecimientos de Jiménez:

«Los escritos con que enriqueció á la ciencia fueron muchos: todos ellos marcados con el sello de la filosofía, que bebió en el estudio de los hechos y de las ciencias de observación, todos ellos de un carácter esencialmente práctico y positivo, sin mezcla de dogmatismo ni de rutina.

»Un estudio minucioso y concienzudo sobre la fiebre exantemática de México, á la que conservó el nombre vulgar de *tabardillo*, fué el resultado de un gran número de observaciones, que comenzó á recoger y á analizar desde su entrada como director de una sala en el hospital de San Juan de Dios, y que continuó en su clase de clínica. Los «Apuntes para la historia de la fiebre petequial ó *tabardillo* que reina en México» serán siempre un modelo de perfecta sinceridad científica y del método de observación pura. Desde entonces (1846) es cuando data en México el conocimiento de este terrible azote en todos sus detalles y consecuencias, así como las analogías y diferencias que tiene con la fiebre tifóidea, descrita por Louis en Francia.

»Las afecciones del hígado, y muy especialmente los abscesos, tan frecuentes entre nosotros, fueron el objeto predilecto de sus estudios; en su diagnóstico y pronóstico adquirió una admirable pericia: él fué

TOMO I. — PARTE OCTAVA

CIENCIAS

Dr. D. Miguel Jiménez